

Dentro de estas cifras totales habría que establecer matizaciones. Las solteras económicamente activas triplicaban a las casadas. Las viudas estaban representadas en escaso número. Por el contrario, en la población masculina el grupo de trabajadores casados era, con mucho, el más numeroso. Por ramas de actividad el grupo más nutrido de trabajadoras correspondía a servicios personales y de los hogares, seguido por el conjunto que agrupaba a investigación, sanidad, asistencia social, servicios culturales, de diversión y esparcimiento, y el de comercio al por menor.

En lo que hace referencia a su situación profesional, las cifras demostraban que la mayoría de las mujeres conquenses que trabajaban lo hacían a sueldo, jornal o comisión, siendo muy reducido el número de las que entraban en la categoría de patronos, empresarios o profesionales con personal a sus órdenes. Abundaban, en comparación, las mujeres insertas como personal administrativo comercial y técnico, de nivel medio o inferior, de empresas y sociedades no agrarias y de la Administración Pública. No hay razones para suponer que la situación haya variado mucho desde entonces —y ojalá los hechos demuestren lo contrario—. En resumen, la mujer conquense, además de participar mínimamente en la vida económicamente activa en relación a su presencia numérica en el total de la población, cuando trabaja fuera del hogar no suele alcanzar puestos directivos ni de alta calificación, que están, por lo general, en manos de varones. Cuestión muy a tener en cuenta en este punto de la participación laboral femenina, es que la escasa industrialización de nuestra provincia veda a la conquense una gran teoría de posibilidades de incorporación al mundo del trabajo.

Actuación pública

La situación de la mujer conquense no parece tampoco muy boyante si observamos su presencia en la vida pública. Aparte la asombrosa por poco usual y esperada presencia de una mujer al frente de una alcaldía el panorama es desolador. Ninguna diputada provincial; tan sólo nueve concejales en toda la provincia, una única delegada sindical local. La política, pues, en manos masculinas. La realidad hoy no da muestras de haber variado mucho. Observen la composición de la Corporación Municipal en nuestra capital —donde las mujeres, por todos los conceptos, parecen tener más opciones para la participación pública que en el mundo rural— en fin, congratúlense: al menos hay una concejal.

¿Y en otros campos fuera de la política? No da la impresión de que el panorama sea mucho más halagüeño. Aparte del Círculo Medina —¡ya sería el colmo!—, a ver si encuentra otra entidad de carácter cultural de las existentes en nuestra capital que esté presidida por una mujer. ¿Cuántos magistrados hay? Por Dios, por no ir más lejos, echen una mirada a la primera página de nuestra publicación, a la lista de colaboradores y redactores, ¿cuántas féminas cuentan?

En la base. la educación

Sí, la educación. He ahí la base y, si no todo, bastante del "quid" del problema. Dos son los puntos a resaltar en

este apartado. El primero, la real discriminación de principio que una educación tradicional ha impuesto ya desde el comienzo, estableciendo en costumbres e inconscientes una nítida e infranqueable separación de papeles y funciones específicamente femeninas o constitutivamente masculinas, estereotipando y asignando usos, modos y hasta esencias en orden a los sexos. El segundo, una constatación: la selectividad observable en el mismo hecho del acceso a la cultura (sin entrar ya en en detalles ni especificaciones en cuanto a que se trate de una cultura neta y claramente masculina, en cuya creación la mujer no interviene).

Si acudimos de nuevo a los datos referenciales de 1970, veremos que había más mujeres que hombres que no sabían



AMAS DE CASA. AMAS O SERVIDORAS.

JOSE LUIS PINOS